

PRECIO EN MADRID.

(Lo mismo en la Administración que en las librerías.)

Por un mes... 4 reales.
Por tres id... 11 »
Por un año... 40 »

La suscripción empieza en 1.º y 15 de cada mes.

Número suelto 4 cuartos en toda la Península.

Pago al pedir la suscripción. La correspondencia al DIRECTOR DE GIL BLAS.

Director: LUIS RIVERA.



PRECIO EN PROVINCIAS.

Por tres meses en la Admon... 15 reales.
Por seis id... 28 »
Por un año... 30 »
EXTRANJERO.—Por tres meses... 30 »
ULTRAMAR.—Un año... 6 pesos.

Se publica dos veces á la semana, jueves y domingos

Administración y Redacción, Huertas, 82, pral.

Toda suscripción de provincias hecha por comisionado costará dos reales más.

Dibujante: FRANCISCO ORTEGO.

Crónica.

Ejércitos de leones mandados por asnos; así se ha calificado al ejército francés á la faz de Europa en el Cuerpo legislativo; y ocurre aquí naturalmente una sencillísima pregunta: ¿qué nueva especie de leones es esta que así se deja conducir por media docena de asnos? No seré yo en verdad quien pretenda dar satisfactoria contestación á tal pregunta; necesario sería para hacerlo entrar en un estudio prolijo de innumerables causas que, convergiendo á un mismo punto, producen incomprensibles resultados.

Nadie que yo sepa se ha cuidado de buscar un calificativo análogo para el ejército del rey de Prusia, ese rey de derecho divino que todavía hoy, en el último tercio del siglo XIX, se atreve á decir mis pueblos; pero si sus generales no pueden en buena ley compararse con el inofensivo cuadrúpedo ya mencionado, bien podría decirse que los ejércitos alemanes eran manadas de leones conducidos por hienas.

Ahora al curioso corresponde elegir entre los unos y los otros.

Léanse los telegramas, estúdiense los pormenores de cada batalla, siempre, y en todas y en cada una se verá al soldado prusiano y al francés batirse con denuesto, llevar hasta lo sublime el heroísmo, arrostrar el mortífero fuego sin retroceder y despreciar el efecto de la terrible ametralladora.

Diferencia decisiva entre uno y otro; el valor de los unos es ciego, nadie los dirige, y los que de hacerlo se encargan lo hacen sin orden y sin concierto; los esfuerzos de los otros están bien encaminados; hay una inteligencia que de antemano ha señalado á cada uno su puesto; esto ha dado la victoria á los prusianos: esto se la dará siempre.

Prescindamos, sin embargo, del resultado triste ó propicio de los combates. ¿Qué vemos en un lado? Millares de infelices sacrificados. ¿Qué vemos en otro? Lo mismo. Sangre en todas partes; destrucción y miseria y muerte en todas direcciones.

El general prusiano concibe un plan extratético, y lo realiza; para realizarlo ha sacrificado veinte ó treinta mil soldados; poco importa; la victoria se celebra con alborozo. El general francés no acertó á realizar su propósito; para intentarlo sacrificó un número casi igual de franceses, y fué vencido; deplora el vencimiento, no por sus compatriotas muertos, sino por la humillación de su amor propio.

Y los encuentros se repiten con rapidez, y las pérdidas son considerables por una y otra parte, y los aprestos militares se precipitan, y nuevos ejércitos

surgen para reemplazar á los que han desaparecido. En cada acción se sabe de uno y aun de muchos rasgos de intrepidez: ya es la Guardia imperial que da una impetuosa carga, sufriendo sin retroceder una granizada de balas; ya es una pequeña columna de hulanos que se lanzan sobre el cuartel general haciendo veinte bajas en la escolta: ¡cuánto heroísmo inútil!

Me han engañado, dicen que exclama repetidas veces Napoleón III, ese hombre funesto, cuya ambición tanta sangre ha costado, cuyas aspiraciones locas han producido tantas muertes: sí, es cierto, le han engañado su ciega vanidad, su ambición torpe, su egoísmo ridículo, su criminal soberbia.

Destituído el que fué un día señor de la nación; injuriado el que todo lo dominaba; sin un solo defensor el que era árbitro y obraba como dueño de Francia, recorre sin cesar su tienda triste y meditabundo.

Así nos lo pintan las correspondencias del campamento.

¡Oh! si es exacto que esto sucede; si es verdad que abandonado á sus tristes meditaciones se entrega á profundo y amarguísimo dolor, no es seguramente que se levantan en su memoria los recuerdos de los innumerables franceses que en empresas locas hizo morir en el largo período de su mando tiránico; no es que la conciencia le acusa; no es que el arrepentimiento mortifica su espíritu, no; tales sentimientos honrarían al hombre, pero no son propios del monarca.

No es el remordimiento, ¿por qué habia de ser? Ha dispuesto á su antojo cómo y cuando bien le ha parecido del Tesoro de la nación; pero, por ventura, ¿no estaba en su derecho al hacerlo así? ¿No era el amo?

Ha arriesgado la preciosa vida de muchos hombres en tentativas temerarias y en insensatos proyectos; pero ¿acaso no puede el dueño hacer uso de lo que es suyo?

Los monarcas, los emperadores, ¿no han venido á la tierra á disponer lo que por conveniente tuvieren de sus vasallos, y de los hijos de sus vasallos, y de los hijos de sus hijos? ¿No son dueños de vidas y haciendas?

Pues si esto es así, como indudablemente lo es, Napoleón no tiene por qué arrepentirse, y así deberían de opinar una gran parte de sus leales súbditos cuando hace poco tiempo votaron sí en el plebiscito de impercedera memoria.

Napoleón se ha equivocado, si es posible que una testa coronada se equivoque; esto es todo. No se arrepiente; lamenta solo su equivocación, y no porque ella pueda costar á la Francia hombres y dinero, sino porque la guerra que inició para obtener su engrandecimiento y la consolidación de su dinastía ha causado su humillación.

¡Sentimientos humanitarios un monarca! Si fuera dable al apóstata humillar á la Prusia, si alcanzase á evitar su caída á costa de la Francia toda, ni un instante vacilaría y la Francia toda sería sacrificada.

Estos deseos, estos monárquicos sentimientos, estas imperiales tendencias envuelven solamente la tristeza, el abatimiento del destronado emperador.

Su ruina ya inevitable, las ilusiones del todo desvanecidas, las grandezas del pasado comparadas con la pequeñez del presente, esto preocupa el ánimo atribulado del vanidoso Bonaparte.

La guerra, apenas principiada, ha producido ya horrorosos estragos. Las consecuencias inmediatas causan á un tiempo mismo espanto y dolor; las que fatalmente seguirán á estas son hoy incalculables.

En Francia háse suscitado nuevamente la cuestión social, que asoma siempre su cabeza en los momentos de más excitación; las pérdidas del comercio son inmensas; muchas industrias morirán ahora, y acaso tardarán mucho en renacer; sean estos tristísimos y dolorosos efectos enseñanza útil para los que—miopes de espíritu ó mal intencionados—predican el indiferentismo en política.

Quando el pueblo no se gobierna á sí mismo, ¿quien ha de gobernarlo?

Si él no cuida de sus propios intereses, ¿quién cuidará de ellos?

Si al padre no importa el porvenir de su hijo, ¿a quién ha de importar?

Los pueblos que por apatía punible ó por injustificada indiferencia hacen renuncia de sus derechos y encomiendan á un hombre el cuidado de sus negocios todos, podrán tal vez, en épocas determinadas, entregarse dulcemente al sosiego, podrán dormir tranquilos; pero cuando menos lo esperen sufrirán reveses como los de Francia ó llorarán pérdidas irreparables como las de Prusia.

En presencia de ríos de sangre no es posible tratar los asuntos en broma.

Basta por hoy. Y... sobre todo... aprendamos con la experiencia ajena á no ser indiferentes en política.

A. Sanchez Perez.

RÉCIPE.

¡Dios sea loado!
¡Encontré lo que buscaba!
Me he devanado los sesos en busca de una definición para la palabra libertad. Yo necesitaba una frase adámica, paradisiaca, creadora—como dijo una vez un cura liberal (!)—una frase que condensara los discursos de Castelar y Jules Favre; los libros de Mill y Laboulaye; los hechos de Washington y Lincoln; yo andaba preguntando constantemente: ¿qué es libertad? y ¡oh placer! ¡oh ciencia! he hallado un periódico, medio rojo, medio negro, medio liberal y medio español, que me ha contestado:
«La libertad es como el arsénico...»
Basta y aun sobra; estoy satisfecho.
La libertad es el arsénico de los reyes, de los fanáticos, de los absolutistas, de los moderados. Sí, no cabe duda: la libertad es el arsénico; está probado.

Arsénico que envenenó á Luis XVI, á Maximiliano, á Francisco II, á Isabel II.

Arsénico que produce ya contorsiones á Napoleón III.

Arsénico que tiene á estas horas invadido el cuerpo del inmortal Pio IX.

Arsénico que está inficionando la Europa y que acabará por envenenar á los que, no conociendo las drogas, tomaran esta, creyéndola purga, como si fuera hoja de sen.

Doy, pues, las gracias por la definicion, y al saber por boca del mismo periódico que esta sustancia farmacéutico-política se debe administrar por dosis infinitesimales, reniego de mis inclinaciones literarias y de los que en un principio no me destinaron al estudio del sistema hannemaniano.

Porque ¿cuál no seria mi placer al encerrarme en mi apartado laboratorio, y preparados los pucheretes de cristal, los filtros, los condensadores y demás instrumentos analíticos, agarrar un puñado de periódicos de la situacion y depurar las dosis de arsénico—es decir, de libertad—que contienen los defensores de candidatos cuyos nombres atruenan nuestros oidos?

A lo mejor descubriria que un pretendiente francés, *berrendo* en sevillano, tiene tan poca cantidad de arsénico, que está á punto de reventar *empruscado*, como decia aquel comediante.

Poco despues hallaria en *La Iberia* pruebas evidentes, claras y precisas de que en los tiempos *dulces y alegres cuando Dios quería*, tuvo tambien particulas arsenicales.

Y á fuerza de análisis é investigaciones sabria ya á qué atenerme respecto de ciertas eminencias políticas, y tambien lo sabria el país, aunque yo hubiera de decirselo en una revista semanal publicada *ad hoc*.

¿Por qué no habré estudiado yo homeopatía?

¡Oh profundísimo Hanneman, cómo envidio tu gloriolística sabiduría!

¿Y qué me dirán Vds. de las mil aplicaciones del medicamento? ¿Qué de las diversas fórmulas de recetas para aplicar el arsénico á las distintas naciones?

Porque el periódico que me ha hecho la gracia de definir la libertad, ha creido que el arsénico es indispensable ya á la vida de los pueblos, como lo es el opio ó la hoja de betel á los asiáticos.

Y la libertad, segun opinará el colega, debe administrarse en glóbulos mezclados quizá con esas trancas ó garrotos preventivos que se llaman ley de orden público, ley de libertad de la prensa, ley de derechos individuales, en las cuales leyes el derecho, el orden y la libertad son el arsénico, y el articulado de la ley viene á ser lo que el azúcar cande en los glóbulos.

Un congreso farmacéutico-homeopático seria el encargado de recetar á las naciones los gobiernos, como hoy sin receta científica hay países que tienen gobiernos-sanguijuelas, gobiernos-cataplasmas y gobiernos-cantáridas.

Veriamos, ¡oh placer! en los periódicos de todos los países:

RECIPÉ.—Nombre del enfermo: *Francia*.—Enfermedad: *Enajenacion corporal*.

Tómese.	De 100 pa tes.
De ejército permanente.	25
De culto y clero.	25
De rey legitimista.	25
De persecuciones políticas.	24,99
De <i>arsénico</i>	00,01

Agítese y dése al enfermo una cucharada cada hora; si se resiste se le ata de piés y manos, y si aun se obstina... entonces es preciso dejarle tomar el arsénico que quiera.

¡Oh! ¡Qué porvenir más halagüeño se presenta á Somolinos!

Nota bene. Dícese que—en vista del giro que van tomando las cosas en la vecina Francia—menudean las notas diplomáticas reservadas para llegar á un acuerdo entre las naciones europeas respecto de la cantidad de arsénico que conviene dar á la valetudinaria nacion antes mencionada.

El arsénico se encarece en España.

¡Oh Providencia! Si'es cierto—como por ahí dicen—que lo puedes todo, márame de un hartazgo de arsénico.

¿Y LAS AMETRALLADORAS?

Pues señor, el caso es serio: despues de tanto misterio, ya puede saber cualquiera que la Francia, en su frontera, necesita un cementerio.

Bismarkito, ó Bismarkete, como quien está en un brete y se deja *hacer la cama*, le largó... lo que se llama un soberano cachete.

Y las personas del arte que entienden este tinglado, auguran que, entre el dios Marte y el rey Guillermo, han volcado el trono de Buonaparte.

Por mis vecinos lo siento, que es durillo el escarmiento: tan duro, que los franceses, en nombrando esos reveses, se ponen... como un pimiento.

Mas por el otro... ¡Canastos! ¡Que mude pronto los trastos! ¡Digo! ¡A ver cuándo se larga! ¡Pues si á mí el César me carga mucho más que el rey de bastos!

Pero hombre, ¡qué farfanton es el tal Napoleon! Yo á Prusia, cuando él hablaba, creí que se la almorzaba como si fuera un capon.

¡Y qué capon le ha salido! Cuando oyó decir: «*envido*,» dijo con tono indigesto: «*quiero; tomé, largó el resto, y aun no se lo han admitido*».

Y el caso es que el caso es serio; pues si se empeña el imperio en sostener su jactancia, no la frontera... la Francia necesita un cementerio.

Lo siento por mis vecinos que han vencido hasta los chinos y ahora á Prusia le hacen dengues; mas por el otro... ¡merengues! no me importa tres cominos.

¡Que tumben á ese sosten de tanto y tanto belen! ¡Que una emigracion le amargue! ¡Que se largue... que se largue... por siempre jamás, amen!

X.

CONTRICION.

Yo pecador, hecho mi exámen de conciencia, con dolor de corazon, con propósito de la enmienda y demás requisitos propios del caso, declaro que he estado muy á punto de faltar á mis deberes para con Dios, quiero decir, para con Pio IX, que, segun dicen malas lenguas, es su representante en este valle de lágrimas, y ahí están unos cuantos millones de católicos que no me dejarán mentir.

Pues como iba diciendo, yo—aficionado por mi mal á los mundanos negocios—suelo interesarme por mis prójimos, si bien en la mayor parte de los casos me

intereso más por las prójimas: al fin la carne es débil y el hombre frágil, y... adelante.

Interesándome, como llevo dicho, por mi prójimo, no necesito añadir si he seguido y sigo todavía con atencion la guerra de Francia y Prusia.

Me arrepiento, señor mio, me arrepiento; yo bien sé que como buen católico solo he debido pensar en Dios, ó en el Papa, que para el caso es lo mismo.

Yo pensaba en los heridos; me figuraba tantas infelices madres derramando lágrimas de dolor; huérfanos tristes muriendo de hambre; ancianos desvalidos; jóvenes esposas enloquecidas de pena; toma, y creia yo, ¡pecador de mí! creia yo que un buen católico debia consagrar parte de su fortuna á socorrer tantas desgracias, á mitigar en lo posible tantos dolores.

¡Perdonadme, señor, repito que me arrepiento!

Juzgaba muy laudables los esfuerzos benéficos de esa asociacion internacional para el socorro de los heridos en campaña, y aun me proponia tributarla mis humildes pero sinceros aplausos por la que yo creia grande y santa obra.

¡Como si el verdadero católico pudiera pensar en esas miserias! ¡Como si fuera lícito al hombre religioso acordarse de las necesidades de sus hermanos!

Afortunadamente para mí, Dios, que nunca olvida á sus ovejas extraviadas, fué servido de traerme al redil, haciéndome fijar la vista en una circular «*del Consejo superior de la Sociedad de la Juventud católica de la Italia*,» circular que para bien mio se ha publicado en *La Esperanza*; así sea el colega tan dichoso como bienaventurado me hizo su lectura.

¡Cómo siente uno descargada su conciencia cuando arroja lejos de sí el pecado mortal!

Pues en la circular ya mencionada revélanse los elevados sentimientos, los nobilísimos espíritus de aquellos jóvenes católicos.

¡Qué juventud aquella, señor! Envidia me inspira y me causa admiracion, todo á un tiempo.

¡Nada de socorros á los heridos, nada de mediacion entre las potencias que combaten, nada de socorros á las viudas, nada de eso que conmueve é impresiona los corazones vulgares.

La vida es transitoria: ¿qué importa que el prójimo viva ó muera? Esta existencia es una peregrinacion por el desierto: ¿qué valen algunas lágrimas de más ó de menos?

Por esto son dignos de encomio esos jóvenes que, elevándose á las regiones del ideal religioso, como buenos católicos que son—ojalá que yo consiga imitarles—han dado en la feliz idea de hacer un obsequio al *Padre Santo*, que esto, esto, nada menos que esto, es lo que se ha ocurrido á los jóvenes católicos.

Y para ponerlo por obra han publicado un programa con siete párrafos, en cuyos siete párrafos se encarece mucho la necesidad de aumentar el dinero de San Pedro: no porque el Papa lo necesite ni tenga intencion de hacer caso alguno de ese dinero, sino porque, destinado á tan santo y tan noble objeto, no se empleará en sostener esta miserable vida y los vicios de algun desalmado protestante sin conciencia y sin temor de Dios.

«Se invita á todos los católicos á que imploren de Dios Todopoderoso, Señor de vida y muerte, que se digne conservar la preciosa vida de Nuestro Soberano Pontífice Pio IX.»

Así comienza el programa.

Y continúa:

II.

«Se propone una cuestacion general extraordinaria del *Dinero de San Pedro* para entregarla al Sumo Pontífice por tan feliz circunstancia.»

Dinero de San Pedro: dulce nombre.

Hoy, cuando tan mal sesgo toman las cuestiones de la tiara, bueno es que el pobre pecador se ponga bien con el portero del cielo, que á fuer de viejo y algo tullido, será gruñon y un tantico interesado.

En el tercer párrafo se habla de la formacion de comisiones que reúnan objetos preciosos y productos naturales ó de industria para rifarlos, y con su importe aumentar el susodicho dinero de San Pedro.

Invítase en otro párrafo á la juventud católica de todos los países para que active todo lo que pueda contribuir al aumento del ya citado dinero de San Pedro.

El firmante del programa es doctor, y amen de doctor se llama Juan, y sobre llamarse Juan se apellida Accuaderni, y es, segun parece, presidente del Consejo supremo de la juventud católica.

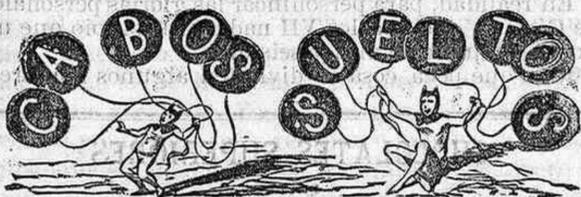


DOS PÁGINAS DEL LIBRO DEL PORVENIR DEL IMPERIO.

Yo nunca me cansaré de dar gracias, á Dios primero y al Sr. Accuaderni despues, por el bien que me han hecho, sin presumirlo siquiera; y por mi parte, olvidando mis ordinarias ocupaciones, me consagro desde hoy á procurar las creces del dinero de San Pedro.

Ojalá mis compañeros y correligionarios imiten mi ejemplo, relegando al olvido la paz de nuestros semejantes para volver sus ojos al Soberano Pontífice, esperanza única de nuestros espíritus católicos y atribulados.

A. Sanchez Perez.



Pero, señor director de Comunicaciones de mi alma; por Dios y por todos los santos, señor director; por las once mil vírgenes y por toda la corte celestial, ¿cuándo dejarán de quejarse á mi mis suscritores para que deje yo de quejarme á vos?

Gil Blas, que desea y anhela servir con puntualidad á sus suscritores, que son, por decirlo así, su vida misma, se encuentra con que á un suscriptor de El Sevron le faltan la mitad de los números publicados hace mes y medio, y amen los correspondientes á la otra mitad le llegán con gran retraso.

¡Ay, y mil veces ay, señor director de Comunicaciones!

¿Y para eso inventásteis los buzones?

Ya se ha formado un cuarto ejército alemán. Por lo visto la cosa no lleva trazas de acabarse. Así debe ser: los espectáculos cortos dejan siempre que desear.

He creído siempre que el simple hecho de pertenecer á una familia real es suficiente para desconocer todo cariño, para dejar de sentir cualquier afecto dulce de amistad ó de parentesco.

He creído tambien que el hombre de mejor corazón y de más dulces sentimientos consagrado al sacerdocio tornábase egoísta, insensible y descastado.

Numerosos hechos podria citar en apoyo de esta creencia.

Baste por hoy la conducta del cardenal Bonaparte. Primo del emperador y eclesiástico por añadidura, no tiene—digámoslo así—por donde el diablo le deseeche.

Su primo Napoleon le llamó al cuartel general, y en efecto, él ha permanecido al lado del Papa so pretexto de no abandonarle en el peligro.

Quando el peligro se presente bien puede asegurarse que abandonará al Sumo Pontífice.

De otro modo habríamos de admitir el absurdo de que un cardenal sabia arrostrar los peligros con entereza. Esto suelen hacerlo muchos hombres; á veces lo ha hecho tambien algun príncipe; un cardenal, nunca.

Ya hay quien propone en Paris que las monedas de cobre se reemplacen por sellos de correos.

Pero, señor, ¿ha llegado la fin del mundo?

Se han anulado las operaciones llevadas á cabo el día de la mentida victoria.

Se han aplazado los vencimientos por dos meses.

Se ha expulsado á los alemanes.

Se han suprimido periódicos.

Se ha hecho obligatoria la circulacion de los billetes de Banco, en contra de la opinion del Banco mismo.

Y todavía se pide más, y aun se propone que se aplace la cobranza de los alquileres, y que se hagan circular los sellos, y que...

¿Quiéren Vds. parar los piés?

Antonelli, refiriéndose á las garantías exigidas al gobierno italiano para la proteccion del Papa, dicen que dijo al general Dumont:

—Hay tres personas que no creen en esas garantías: el emperador, vos y yo.

Antonelli se ha equivocado.

Hay muchas personas que no creen en las citadas garantías.

Entre ellas el gobierno italiano.

La Correspondencia de España se ha servido contestar á una pregunta mia, relativamente á los telegramas privados.

Dice que de ellos se saca una copia—no tres como yo sospechaba—cuando el parte tiene mucha gravedad.

Gracias por la noticia.

Ya sé que si tengo un excelente corresponsal en Paris ó en Berlin, podrá suceder que todo Madrid conozca ese telegrama dirigido á mi antes que yo.

Pague Vd. despues de esto corresponsales.

Y aun nos vendrán hablando de si somos socialistas ó no lo somos.

La vida en Paris debe ser deliciosa.

De día y de noche se trabaja en las fortificaciones.

En el Cuerpo legislativo vienen á las manos continuamente los representantes del pueblo, y se dice cada desvergüenza que vale un mundo.

En los alrededores se talan bosques, se convierten en hospitales los palacios y se destruyen fincas.

Y el ciudadano pacífico está expuesto á que un enemigo suyo, un rival desgraciado ó un envidioso le llame prusiano.

Y es como si le hubiese condenado á muerte.

Todo esto deben los honrados vecinos de Paris á su emperador.

El día 12 salieron de Paris 45.000 hombres más para el teatro de la guerra. ¡Más carne de cañón!

Dicese que D. Práxedes Mateo Sagasta declara públicamente que preferiría Carlos siete á la república.

No lo he oído, y sin embargo, lo creo.
Si fuese lo contrario, aun despues de haberlo oído no lo creería.

El baile titulado *El espíritu del mar* es digno de verse.

El lujo de los trajes, la precision de los juegos escénicos y el buen gusto del decorado es de lo que no hemos visto en nuestros teatros.

Ello habrá costado mucho dinero; pero es bueno, y amen de esto lleva trazas de reembolsar al empresario.

No, y mire Vd., lo merece.

Como merecen un aplauso el pintor y el maquinista.

Con motivo de haberse alistado como voluntarios en el ejército francés muchos autores, actores y compositores, dice un diario de París que *este otoño* el único teatro que estará concurrido será el de la guerra.

Este otoño, este otoño; ¡bah! ¿Pues qué durará la guerra tanto tiempo?

Estoy por jurar que ni mucho menos.

Mire Vd., señor, yo no quisiera ofender á nadie, pero empieza á parecerme que las evoluciones del ejército francés tiene mucha analogia con un *Sálvese el que pueda*.

La familia imperial tiene ya preparado el viaje.
Tranquilemos el ánimo; puede asegurarse que nada sucederá á Napoleon.

Esto consuela.

Baraguay de Hilliers ha presentado su dimision.
Ahora empieza; pocas horas pasarán sin que se presenten otras muchas.

Los empleados públicos de París no se encuentran muy á gusto.

Me parece que será preciso tomar medidas trascendentales.

El marqués de Miraflores propone ahora que se nombre rey al hijo de Isabel de Borbon.

Ya sabemos que cada cual tiene el derecho de decir todas las majaderías que tenga por conveniente; pero me parece á mí que ese anciano abusa de su derecho.
¡Cuidado que es buena la ocurrencia!

Dentro de poco aparecerá en Madrid un periódico titulado *La Paz*.

Es oportuno el título, porque dentro de pocos dias ya estaremos todos cansados de la guerra.

El miércoles á la una de la noche llegó á la Granja el regente.

Gracias á Dios que al fin puede descansar S. A. y distraerse un poco.

En Metz han tenido, por espacio de seis horas, á un pobre militar atado á un árbol y expuesto á los insultos de la muchedumbre por creerle espía.

Interrogado *despues*, se vino en conocimiento de que era inocente.

Yo creo, salvo mejor opinion, que habria sido más justo y más prudente interrogarle antes.

Las fortificaciones de París continúan con actividad increíble.

Millares de obreros trabajan dia y noche en ellas.

Los diputados están muy convencidos de que los prusianos *no irán*.

Pero... por si acaso.

En la calle:

—¿Vienes?

—¿A dónde?

—Con la manifestacion de los que tienen hambre.

—Mira, el caso es que yo acabo de comer.

Una mujer señalando á uno de los manifestantes.—¡Caramba! ¿Qué hombre tan gordo! ¿Tendrá hambre ese? Pues si le dan de comer reventará.

Un muchacho andrajoso.—Charó, estos son de la compañía de la Carpanta.

¿Pues no se ha descubierto una mina debajo del Vaticano?

Qué endiabladas gentes: nada menos se proponian que hacer volar al infalible.

¡Qué atrocidad!

Tan sangriento fué el combate de Worth, que en un regimiento prusiano quedaron solamente cuatro oficiales.

Otra media docena de encuentros y no queda quien nos cuente lo sucedido.

La emperatriz nombró ministro á Palikao.

Palikao ha destituido—en cierto modo—al emperador.

¡Qué partidas tan serranas tienen algunas personas!

En un telégrama, parecido por su forma y por su fondo á un suelto de *La Iberia*, dice nuestro embajador en París que cuando leyó Palikao en el Cuerpo legislativo que los prusianos habian dejado en el campo 1.500 muertos: «La Asamblea lo ha oído con complacencia (*¡oh crueldad!*), pero sin alegría, (*¡lástima fuera!*) como quien espera con cierta confianza, no exenta de algun recelo, noticias mejores. (*Pongo por caso, la muerte de cuarenta mil hombres.*)»

Cuando el ministro habló del caso—para él improbable—de que los prusianos atacasen á París, salieron de todos los lados de la Cámara los gritos *¡No vendrán! ¡No vendrán!* y el acento con que se pronunciaban, dice Olózaga, no era de arrogancia, sino de convicción y de patriotismo.

Esto es lo que se llama estar al tanto de las cosas y distinguir las más sutiles diferencias de acentos.

Pues Vds. dirán lo que gusten, pero esta manera de dar partes oficiales es inusitada y nueva, pero tiene muy buena sombra. ¡Que sí!

Ya se quedó Napoleon sin sus cien guardias especiales, que serán distribuidos entre los regimientos de caballería.

¡Válgame Dios, lo que somos!

Un diario francés asegura que el regente de España ha hecho á la condesa de Montijo ciertos ofrecimientos en la prevision de determinadas eventualidades.

Adivino las eventualidades, pero no comprendo los ofrecimientos.

Segun el *Gaulois*, los republicanos españoles aguardamos con febril impaciencia, *sin que haya motivo que lo justifique*, noticias de acontecimientos que creemos deben ocurrir en París.

Yo no aguardo con impaciencia esos acontecimientos; pero si para el *Gaulois* no existen *aun* motivos para que ocurra algo, no acierto á comprender lo que se necesita.

¡Cuidado si son descontentadizas algunas personas!

Doscientos y tantos padres ha tenido que inspirar el Espíritu Santo para que se declare la infalibilidad.

Nuestro compatriota Emilio Arrieta tiene el de la *ubicuidad* sin auxilios espirituales.

El dia 14 le saludé en el Suizo.

Por la noche me dijo *La Correspondencia* que Emilio Arrieta estaba en Portugaleta.

Andense Vds. ahora con concilios y otras simplezas.

Más de cincuenta leguas ha retrocedido ya el ejército francés.

Los autores y editores de planos y mapas del teatro de la guerra van á pedir indemnizacion al César francés porque ha retrocedido tanto que se ha salido de los mapas, con lo cual para nada sirven y es preciso hacer otros nuevos.

Si los hacen, ya tendrán en cuenta esa eventualidad y colocarán muchos kilómetros á retaguardia.

Ya se apoderó un *cantor bufo* del graciosísimo asunto de la campaña. Entre las obras nuevas que los empresarios anuncian, he visto una titulada *Los sastres de la guerra*.

Presumo que el público reirá con sus chistes á mandíbula batiente.

No es para menos. Cincuenta ó cien mil hombres muertos en quince dias hacen reír á cualquiera.

Toma, y habrá *mamá católica* que si recuerda á los hijos huérfanos y á las madres abandonadas, diga con la candidez de su arraigado catolicismo: ¡Bah! esas gentes no sienten como nosotros; ¡como no son de esta parroquia!

Si es cierto que «mal de muchos es consuelo de todos» los hambrientos del domingo pueden mitigar sus penas con la relacion siguiente:

Prusia contrata, por primera vez, un empréstito de 1.400 millones.

Austria pide dinero.

En Guttemberg buscan prestamistas.

Suiza tambien los busca.

Francia, no digamos; hay quien afirma que despues de haberse hecho obligatoria la circulacion del papel-moneda, se autoriza al Banco para emitir billetes de un franco.

Y digo yo: pues señor, si damos todos en pedir, ¿quién diablos se encargará de dar?

Nos dice de Cádiz persona para nosotros muy digna de crédito, que en la semana última hubo no pequeña alarma en la poblacion, habiendo crecido en los dias 15 y 16, hasta el punto de haber sido preciso tomar precauciones militares.

Por sabido se calla que el origen de todas estas alarmas es el célebre y nunca bien ponderado candidato de *La Correspondencia* y de *El Puente de Alcolea*; que si por último ascendiese al sôlio—*que no ascenderá*—y fuese tan buen rey como ha sido mal hermano y obstinado pretendiente, seria el mejor monarca de que hablan las historias.

¡Caramba si es fastidioso el buen señor!

Pobres porfiados y á prueba de sofiones, he visto muchos en mi vida; pero tanto como este hombre, ninguno; vamos, repito que ninguno.

¡Ay que... mareo, señor!

Ahora piensa la diplomacia europea interponer su mediacion poderosa para evitar los desastres de la guerra.

Asegúrase que esperan solamente á que se hayan verificado otras dos ó tres batallas sangrientas.

Es de suponer que para entonces la mediacion será inútil: uno y otro ejército habrán desaparecido.

Todo se reducirá á que manden una comision de cirujanos y otra más numerosa de enterradores.

El regente regresará el domingo de la Granja.

¡Tan pronto! Pobre señor, pobre señor.

En seguida le molestarán con un gran consejo de ministros, en el que debe tratarse de la reunion de las Cortes.

¡Qué falta de consideracion! Y para semejante frustrería hacerle venir de la Granja; eso no tiene nombre.

El rey Guillermo nombra á sus generales gobernadores de las provincias francesas.

Así me gusta, qué diablos, ó somos conquistadores ó no lo somos.

Capaz será el anciano monarca de nombrarse á sí mismo gobernador de París.

Algunos asturianos de buen humor, y á la cuenta de pocas ocupaciones serias, han llevado á Suiza la cruz de la Victoria para condecorar con ella á un mamoncillo nacido pocos dias há, cuyo padre tiene el inofensivo capricho de llamarse rey de España, como Angel I.

Para que la cosa sea más divertida han levantado su acta y todo. Han asistido á la ceremonia varios grandes de España, en número de tres, y diferentes grandesas.

Entre las cosas buenas que hay en el acta recuerdo una frase expresiva y oportunísima; es á saber: que el pobre *bebé* es la personificacion de todas las glorias personales de nuestros reyes, desde Ataulfo y Recaredo hasta Carlos V y Carlos VII.

En realidad, para personificar las glorias personales de Carlos V y de Carlos VII nada más propio que un lloron de quince ó diez y seis dias...

¡Con qué poca cosa se divierten algunos hombres!

CHOCOLATES SUPERIORES

DE LA

COMPANIA ESPAÑOLA

GRAN FABRICA MOVIDA AL VAPOR

MADRID.

PASEO DE ARENEROS, 8.—BARRIO DE POZAS.

El establecimiento industrial de la COMPANIA ESPAÑOLA reúne de una manera excepcional todas las condiciones que constituyen una FABRICA-MODELO: gran desahogo en sus espaciosos y ventilados talleres, limpieza esmeradísima en todas sus dependencias y una completa perfeccion en los aparatos que elaboran el chocolate, tales son las circunstancias que más resaltan en la fabrica de la ESPAÑOLA.

Sus productos son bien conocidos del público, y la mejor prueba del favor con que los distingue es el desarrollo siempre creciente de su industria. Por esta razon y con el fin de atender desahogadamente al consumo de su numerosa clientela, acaba de montar en su establecimiento UNA NUEVA MAQUINA DE VAPOR DE LA FUERZA DE 30 CABALLOS.

La fabrica puede visitarse libremente.

MADRID: 1870.

IMPRESA DE R. LABAJOS, CALLE DE LA CABEZA, 27.